



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS MAGESTADES Y ALTEZAS.

AÑO III.

29 Abril 1866.

NÚM. 17.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 18 trimestre. — 54 seis meses. — 66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-RICO. 7 ps.

AMÉRICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y administraciones de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.

SUMARIO.

Té en casa Benani: Soirée árabe, por D. José Aguirre Matiol.—Una fiesta en loor del arte, por Fausto.—Un génio

en el siglo de oro, (poesía) por D. Marcos Zapata.—Fabricacion de órganos melódicos y anexo-pianos.—Del renacimiento literario en el siglo XV, por D. Carlos R. de Arellano.—La profetisa y los mártires (conclusion), por Don Antonio de Trueba.—El amor de la patria, por D. F. G. Man-

rique.—Flor deshojada, (poesía) por D. A. Alcalde Valladares.—La granja del amor, por D. Pedro Moreno Villena, (continuacion.)
Grabados. Trabajos agrícolas en Egipto: La trilla.—Fábrica de órganos melódicos de Alexandre.

TÉ EN CASA BENANI.

Soirée árabe (1).

La mañana del día siguiente la invertimos haciendo algunas compras.

Con este motivo recorrimos la ciudad en las horas de mercado, pues en Túnez á las once de la mañana se cierran todas las tiendas y queda la poblacion sombría y desanimada.

Las alhajas se subastan por las calles adjudicándose al mejor postor si los ofrecimientos satisfacen los deseos del dueño.

La rotulacion de calles y numeracion de casas es desconocida en Túnez; esto sume al viagero en un caos, del que le es imposible salir sin la obligada guia de los genizaros.

Nosotros nombrábamos las calles por analogía con los edificios ó tiendas de que se componian.

Generalmente las tiendas están reunidas por clasificacion, así es que habia calle de las *schichas*, de los sastres, de los zapateros, de las esencias, de las carnicerías, de los armeros, etc., etc., etc.

Despues de almorzar en la fonda nos dirigimos á casa *Sidi-Benani*, general gefe de los marroquíes residentes en la Tunecia.

Este señor nos habia invitado á tomar un té á la usanza árabe.

Sidi-Benani es un simpático moro viejo.

Su turbante blanco como la nieve, coronaba un respetable emblema orlado de una fina barba que aventajaba en blancura á la del ornamento de su cabeza.

Sus ojos eran espresivos y su mirada inteligente; cubría su cuerpo una larga *batania* carmesí, que ocultaba mal un petillo primorosamente bordado de oro.

Sidi nos recibió en la puerta de su magnífica casa, acompañado de un *Cheriff* compatriota suyo.

Un mameluco nos roció la cara con fresca agua de rosas, á favor de una *brescha* de plata dorada.

La *brescha* es como una botella de cuello largo, provista de un tapon agujereado para favorecer la aspersión.

Ascendimos una marmórea escalera.

Un bonito patio de chapadas paredes de azulejos barnizados formaba la antesala.

En un saloncito amueblado con anchos divanes orientales y ricos muebles de caoba con incrustaciones de plata y nácar, habia preparadas dos mesas, sobre las que se veian profusion de dulces colocados en azafates de plata de mucho valor y gusto.

Dos pebeteros ardian sobre una cómoda, impregnando la atmósfera de los mas delicados perfumes.

El general era muy fino y nos trató con mucha deferencia.

El té fue hecho á presencia nuestra, y servido en preciosos pocillos de china, de todos colores y dibujos.

Siguiendo la etiqueta de los moros, nos vimos en el caso de apurar tres tazas de aquella infusion.

Por medio de nuestro estimado amigo el Sr. Azancot, tuvimos el placer de conversar con *Sidi-Benani* que ponía en práctica para complacernos, cuanto estaba á su alcance.

Nos retiramos satisfechos de la finura del general, y de la distincion con que nos trató. ¡Brillante resultado de nuestra gloriosa campaña!

Otro de los acontecimientos dignos de figurar en

primera línea en estas páginas, fue el obsequio que nos dispensó el Sr. Enriquez, israelita protegido español.

Este consistió en una tertulia al estilo del pais.

El interior de la casa del Sr. Enriquez, si bien no era completamente oriental en su decorado, ofrecia una mezcla de gustos en sus adminículos que producía un raro efecto.

Así es que me estrañaba ver junto á la elegante consola, los cómodos cogines de cachemira y pendiente de un arco arabesco una lámpara veneciana.

Las señoras de la casa vestían riquísimos trages de oro y seda de color de rosa, ostentando joyas de crecido valor.

La sala estaba llena de gente.

En uno de los ángulos y sentados en el suelo estaban los músicos y cantores.

La orquesta la componian dos laúdes, un violin, una pandereta y un tamboril de arcilla.

Una de las cantantes, Raquel, usaba un precioso trage de brocado de oro y grana.

El ambiente perfumado que allí se respiraba, los estraños acordes de una música nueva, la diversidad y magnificencia de costumbres y atavios, trastornaban nuestras cabezas y las hacian soñar con el encantado palacio de Atabalipa.

Allí vimos bailar una danza árabe con la voluptuosidad de una hada á la simpática Raquel, cuya voz regalara á nuestros oidos momentos antes dulces sonidos de estraña entonacion.

Llamó particularmente mi atencion un requisito que segun ellos es indispensable para cantar con afinacion.

Las cantatrices tenian á su lado una botella con aguardiente y un plato con aceitunas.

Las señoras cambiaron de trage á la mitad de la

(1) Este artículo corresponde á la obra que con el título de Sanguento á Cartago ha escrito el autor.

fiesta trocando los de color de rosa por otros plata y azules, no menos deslumbradores.

Hubo muchos refrescos y agradecimos con el alma el obsequio del Sr. Enriquez.

El Sr. D. Teodoro Montes, español establecido en Túnez, también nos convidó á comer un día, quedando sumamente complacidos de la amabilidad de este señor.

En fin, fuera prolijo enumerar los testimonios de afecto que recibimos de todos con quienes tuvimos el gusto de tratar y cuyo recuerdo no se borrará nunca de nuestra memoria.

JOSÉ AGUIRRE Y MATIOL.

UNA FIESTA EN LOOR DEL ARTE.

I.

¿Por qué murió para el placer mi alma?
Y vive aun para el dolor impio?

ESPRONCEDA.

No se halla la sociedad tan materializada como suponen sus apasionados y sistemáticos detractores; por fortuna, todavía no se han extinguido por completo entre nosotros el sentimiento de lo bello, el amor al arte, ni esa aspiración del alma que, ansiosa de purísimos placeres, se remonta á sublimes alturas desconocidas de los profanos.

Cierto es que la generalidad de los hombres vive en la atonía del estúpido indiferentismo, sin cuidarse del sacro fuego que se apaga en sus pechos; sin embargo, hay seres privilegiados que solo amando viven, porque

Amor es la vida

Y el cielo es amor.

Otros hay, á quienes acaso lo que se llama el mundo compadece, considerándolos dementes; hombres, que en su *locura* vienen consagrando su talento y sus vigili-
as al estudio del arte en la esfera de las abstracciones, para inquirir sus orígenes filosóficos, el principio generador de la belleza, la fuente de donde manan esos raudales de luz y de poesía, que enamoran y avasallan á las inteligencias mas esclarecidas.

Y tiene el mundo razon para compadecerlos. ¡Pobres locos! Dejemos el *to-kalon*, palabra en que juzgó Platon ver sintetizada la armonía de lo bello y lo sublime; olvidemos la *esthética*, sobre la cual tantas y tan ingeniosas variaciones han escrito los filósofos alemanes, desde Baumgarten hasta los modernos, y prescindamos de Schlegel y de su *ironía*.

Más que todas las obras de los sábios pensadores, más que todas las teorías de Fichte y Burke, Schelling y Hegel, nos enseñan los sacerdotes del arte, los que verdaderamente lo aman y le rinden fervoroso culto; los que, bebiendo en la fuente de su propia inspiración, lo gran, con los esfuerzos de la voluntad y del ingenio, revestirlo de formas primorosas y seductoras, que embargan la fantasía, engolfándola en mundos de gloria, de amor y de ventura.

¡Oh! Los que soñais tan peregrinos deleites; los que juzgais el mundo estrecha cárcel donde vive aprisionado el espíritu; los que sentís la necesidad de refrigerar el alma y el corazón con el rocío del cielo, para seguir viviendo, venid: yo os conduciré á una mansion dichosa donde sereis felices una hora, acaso un instante no mas; pero el recuerdo de ese instante dulcificará por largo tiempo las amarguras que en el fondo del pecho os haya podido dejar el infortunio.

II.

Vivir

Es lo mismo que llorar:
Dar tregua al lloro, es dormir;
Ser dichoso.... ¡eso es soñar!

Así dijo Arolas. Soñemos, pues.

Venid, venid, los que amais la belleza; venid, los apasionados del arte en sus mas nobles manifestaciones.

¿Veis? Por todas partes modestia, sencillez, gusto exquisito, verdadera elegancia. Por principal adorno, flores, cuyo aroma embalsama el aire que aspiran con ansia los sentidos.

Aquí moran bellísimas mugeres de singular talento y dulcísimo carácter; aquí vive un hombre de extraordinario ingenio, de imaginación siempre fecunda y galana, de calva frente, mirada de fuego y corazón de niño; repúblico insigne, gigante en la tribuna, cuya elocuencia conmueve, entusiasma y arrebató al auditorio, rindiendo siempre al adversario.

Estamos en casa del Excmo. Sr. D. Luis Gonzalez Brabo.

¿Qué inusitada concurrencia hay en ella? ¿Qué buscan tantas mugeres elegantes y tantos hombres distinguidos? Es que va á celebrarse una fiesta en loor del arte, y acuden á ella sus amadores. El público lo ignora; lo saben solamente los deudos y amigos íntimos de la familia; pero son tantos, que, por pocos que concurren, se llenará la casa.

En efecto: mirad qué cortejo tan escogido de mugeres radiantes de hermosura: las condesas de Heredia-Spínola y San Luis, las generalas Rivero y Gaertner, las señoras Enriquez de Chacon y señoritas, Casaña de Chacon, Benavides y sobrina, la Garrido de Carvajal y señorita, las de Cervero, Salomon, Bonilla, Valderrama, Rivero, Botella, Herreros, Izquierdo y señorita, las Burriel de Sanjuan, Peyronet y señorita, Prada de Polo, Perales y señoritas, Mendez de Fernandez de Córdoba, las Valero, Nacarino, Balboa de Polo, Dacarrete, señoritas Monge, Manzanares, Zapater, Atienza, Alvarez, señoras de Gomez Frágenas, Campoamor, Guijarro y alguna otra cuyo nombre es posible haya olvidado quien absorto contemplaba tanta hermosura.

Allí habia también hombres de envidiable reputación en el mundo político y en la república de las letras. Allí estaban el conde de San Luis, Llorente, Benavides, el marqués de la Habana, los generales Gaertner y Manzano, Souza, Valero y Soto, Nacarino Bravo, Cardenal, Botella, Perez de Molina, Campoamor, Ruiz Tagle, Mas y Abad, Hazañas, Chico de Guzman, Cervero, Sanz (D. Salustiano), Rute, Sanchez de Palencia, Burriel, Lopez Serrano, Becquer, conde de Heredia-Spínola, Perales, Cadórniga, marqués de Torre-Octavio, Romea (D. Julian), Gomez Frágenas, Izquierdo, Santos Alvarez, Dacarrete, Aristizabal (D. Domingo), Chacon (D. Rafael y D. Gonzalo), Madramany, Carvajal (D. José), Rivero, Gutierrez de la Vega, Alvarez (D. J. Angel) y otros muchos.

Rebosaban en todos los semblantes la satisfacción y la alegría que inspiraban á los concurrentes el carácter puramente de familia que tenia la reunión, la franqueza y el buen tono en ella dominantes, y la afabilidad y exquisitas maneras con que hacia los honores la familia de la casa, cuyos individuos se multiplicaban al parecer de tal modo, que todos los concurrentes participaban por igual de sus bondadosos obsequios y atenciones.

III.

A las conversaciones animadas; al seductor murmullo del entusiasmo y del contento que salía de todos los labios, sucedió de pronto un silencio magestuoso, y durante un breve rato, que pareció un solo instante, quedaron en suspenso los ánimos, escuchando con placer una fantasía que sobre motivos de la ópera *Don Pascuale* tocaron á cuatro manos en el piano las señoras de Sanjuan y de Carvajal.

No hemos visto una ejecución mas perfecta ni mayor precisión, ni un gusto mas exquisito que el que expresaron al interpretar tan bella música ambas señoras. Y si era imposible separar la atención de los armoniosos acordes ni de las dulcísimas melodías con que hablaban al corazón del auditorio, era todavía mas imposible can-

sarse de admirar los encantos en que ambas rivalizaban.

Una salva prolongada de aplausos unánimes resonó al apagarse la última nota del piano, y pocos instantes después se clavaron todas las miradas en el palco escénico del lindo teatrillo improvisado, donde aguardaba una completa ovación á los distinguidos representantes de la comedia *Muger gazmoña y marido infiel*.

Hacer notar una por una todas las bellezas que supieron poner en realce los intérpretes de esta preciosa obra, es imposible. Para aplaudir todos los rasgos de talento y de verdadera gracia con que respectivamente enaltecieron Luisa Gonzalez Brabo á Ursula, la joven casada sin mas voluntad que la de su madre Doña Escolástica, admirablemente caracterizada por Leonor Gonzalez Brabo; su hermana Blanca á Paulina, la niña inocente y graciosa, pero no poco intencionada; Catalina Izquierdo á Doña Luisa, joven viuda, alegre, dada á los placeres del gran mundo y coqueta de buen tono, fría en apariencias, aunque realmente apasionada, y Julia Nacarino Brabo á la alegre y discreta Justina; para aplaudir el lujo de arte y de talento que desplegaron todas, no hay espacio en este papel ni fuerza en nuestra pluma. Todas las señoritas rivalizaron en el buen desempeño de sus papeles: no hay elogio que todas no merezcan igualmente.

¡Qué pudorosa modestia la de Ursula! ¡Qué gracia tan chispeante la de Paulina! ¡Qué esfuerzos de talento los de Doña Escolástica! ¡Qué espontaneidad en los chistes de Justina! ¡Qué frialdad y qué intención las de Doña Luisa! ¡Cuánta naturalidad, cuánta soltura, cuánta verdad, hasta en los mas pequeños accidentes! Luisa, Leonor, Blanca, Julia, Catalina: no me canso de aplaudiros, como no puedo cansarme de admirar vuestra belleza, vuestra gracia y vuestros encantos.

Don Antonio Sanjuan, en el papel de Fernando, demostró su maestría en el arte escénico; y los jóvenes D. Emilio Perales en el de *César*, calavera, pero juicioso al mismo tiempo; D. Alfredo Romea en el de *Eduardo*, cándido é inesperto amor; y D. Federico Perales en el muy difícil del ex-jesuita *D. Meliton*, que caracterizó perfectamente: todos emularon en habilidad y talento, constituyendo un cuadro tan acabado, que con suma dificultad podríamos verlo en nuestros teatros.

A tan lisongero éxito contribuyó en alto grado la magistral dirección del Sr. D. Julian Romea, á quien, después de la representación, se aplaudió mucho, haciéndole salir á la escena.

A ella fueron llamados repetidas veces, al finalizarse los actos, cuantos en la ejecución de la obra tomaron parte, recibiendo una ovación espontánea y completísima.

IV.

No estaba todo concluido: faltaba una segunda parte no menos agradable y sorprendente.

Era noche de dulcísimas emociones, y preciso que acabase de ensancharse mas y mas el corazón herido por celestiales melodías. En efecto: en suspenso los ánimos y reinando un religioso y sepulcral silencio, llenó la sala *L'eco della tomba*, inspirada composición del maestro Aguirre, autor de la ópera *Gli Amanti di Teruel*.

L'eco della tomba es una plegaria, un grito de ternura de un alma apasionada, el acento purísimo de un corazón virginal. La letra de tan preciosa *romanza*, es de la señorita Doña Rosario Zapater. La música está escrita para tiple, *armonium*, cornetín y piano.

La parte de piano fue perfectísimamente ejecutada por el mismo maestro Aguirre; la de cornetín de un modo prodigioso, por un profesor muy distinguido que goza de fama europea.

¿Qué diremos del *armonium* y del tiple? Hay cosas que no se pueden expresar ni describir.

¿Qué cuadro tan seductor ofrecían la hermosísima Virginia Burriel de Sanjuan y la bellísima Rosario Zapater! A la derecha del espectador, en actitud verdade-

ramente académica, pero sin afectacion y con elegancia, aparecia sentada la primera, arrancando del *armoniflute* ecos tan dulces, melodías tan tiernas y apasionadas, modulaciones tan inimitables, que arrobaban el alma, trasportando la imaginacion á un mundo de ensueños y delirios. A la izquierda se situó la segunda, en pié, con tal naturalidad, en actitud tan bella, que, mas que muger, parecia un ángel de candor y de ternura, cuya voz dulcísima y melodiosa remedaba las armonías que en el cielo cantan los querubes.

Cuánta pasion, cuánto sentimiento, cuánto amor al arte inspirabais, Rosario y Virginia! Bien hicisteis adinar á los pobres mortales, que en silencio os admiraban, los misterios de la gloria. No sé cómo tuvieron fuerzas para aplaudiros tanto.

A un ensueño sucedió otro ensueño.

¡Ah, Rossini! ¡Cuán pocos hay en el mundo que sepan interpretar como Rosario Zapater tus incomparables notas! ¡Cuán hubieras gozado anoche, maestro insigne, oyendo cantar la célebre cavatina de tu *Barbiere di Siviglia*, con los primorosos adornos que escribiste espresamente para Rosario! Admirado habrias el timbre dulce y metálico de su voz, su extraordinaria facilidad para jugar con ella, su rara naturalidad en las mas difíciles transiciones y la perfeccion con que posee *il bel canto* de la clásica é inimitable escuela italiana.

En París ha aplaudido Rossini á Rosario Zapater, dedicándole, como Meyerbeer y otros insignes compositores, notas preciosísimas que para ella sola escribieron. Y si Rosario ha sido admirada por los primeros maestros del arte, ¿qué mucho que anoche no se cansaran de manifestarle con bravos y palmadas su entusiasmo cuantos la escucharon?

Terminó tan peregrina fiesta con unas variaciones para piano y cornetin sobre motivos de la ópera *Giovanna d' Arc*, egecutadas á la perfeccion por el citado maestro Aguirre y por el célebre profesor á quien antes nos hemos referido, á los cuales tributó la escogida concurrencia nutridos y unánimes aplausos.

Así terminó la que hemos titulado *Fiesta en loor del arte*.

V.

Suele ser de rigor, cuando se habla de una reunion favorecida por tantas mugeres seductoras, dar idea de sus galas, que ponen mas de realce su hermosura. ¡Ay! Perdonadme, amadas mias. Atónito os contemplaba, abrasándome en silencio con los resplandores de vuestros ojos, y hubiera creído ofenderos dejando de admirar las gracias con que os enriqueció la naturaleza, para cuidarme de vuestras elegantes *toilettes*. ¿A qué aumentar con ellas vuestros encantos?

¿No os parece esto demasiada crueldad, si habeis de mirar con indiferencia ó desden las heridas que causais en los corazones?

Recuerdo que una de vosotras, mas hermosa que un ángel, me dijo: «al hablar de trages, convendria no olvidar que este es *verde-luz*.» ¡Qué luz tan celestial la de sus negros ojos!

¡Luz! Eso queremos: luz que nuevamente nos lleve al templo donde anoche se rindió culto á la belleza del arte; luz que nos conduzca otra vez á la dulce morada donde habitan el amor y el talento; luz que vuelva á despertar en nuestras almas el entusiasmo, y nos obligue á rendir un nuevo homenaje de gratitud á quien, como el Sr. Gonzalez Brabo, su señora y encantadoras hijas, tienen el privilegio de cautivar con su afabilidad y dulcísimo carácter á cuantos una vez alcanzan la honra de saludarlos.

FAUSTO.

Sábado, 21 de Abril.

UNA PRUEBA DE AFECTO

A MI QUERIDO AMIGO

D. JACINTO LABAILA.

UN GENIO EN EL SIGLO DE ORO.

En misera habitacion
Y sobre un escaso lecho,
Con pesada vibracion
Late sordo un corazon
Y ronco palpita un pecho.

Falto de aliento vital
Y con la faz contraida,
Un pobre anciano mortal
Cambia el cendal de su vida
Por un manto funeral.

La ley de la muerte acata
Con fervor edificante,
Y murmura agonizante
Una oracion, que dilata
Su dolorido semblante.

En torno al lecho, llorando
Estraña gente se vé:
Un sacerdote exhortando,
Un caballero alumbrando
Y dos restantes en pié.

Era hiel el moribundo:
De súbito un ¡ay! profundo
Se oyó, cayó un cuerpo inerte,
Llegó, lo tocó la muerte,
Y el alma voló del mundo.

Solo sombras de tristeza
Quedaron en la buhardilla,
Y mientras el cura reza,
Los tres doblan la rodilla
Y le besan la cabeza.

Uno el silencio rompió
Y dijo con justo lábio:
—¡Infeliz, de hambre murió!—
Y el cura le replicó:
—¡Llorará el mundo su agravio!—

Despues sonó embravecido
Del ábrego el soplo estraño,
Cuyo silbante gemido
Era un lúgubre tañido
Sobre tan fúnebre escaño.

¿Y cómo no estar doliente
Todo, si el genio español
Perdió su luz esplendente,
Y se hundia en occidente
Del parnaso, el mejor sol?

En su gran escelsitud
No tuvo un pueblo tan franco
Como su franca virtud,
Que no merecia *El Manco*
Por premio la ingratitud.

Pues aunque la hoya cavaban
Los tres hermanos y el cura
Y por el vate lloraban,
Su indignacion no enterraban
En la misma sepultura.

Que en la estancia donde mora
Su cadáver, con espanto
Se alza altiva y vengadora
Una sombra aterradora
Del vencedor de Lepanto.

Y surge del pavimento
Rajado del aposento,
Un fantasma vagaroso,
Y cruza con paso lento
Entre sañudo y rabioso.

Midē la estancia y se agita
Y arroja una maldicion;
Al caos se precipita,
Y en la pared dejó escrita
Esta infame acusacion:

«Un viejo soldado fiel,
»Entre lágrimas de hiel
»Halló en su patria un azote;
»Vivió y se llamó: MIGUEL;
»Murió y se llamó: EL QUIJOTE.»

Zaragoza 1.º de Abril de 1866.

MARCOS ZAPATA.

FABRICACION DE ÓRGANOS MELÓDICOS
Y ANEXO-PIANOS.

La industria de los órganos melódicos, de esos instrumentos que bajo los dedos de los pianistas dán por resultado una orquesta completa, ha tomado en estos últimos años un considerable desarrollo. La fábrica de los Sres. Alexandre, padre é hijos, establecida en Ivry, cerca de París, esporta todos los años estos instrumentos en gran número, para Inglaterra, Alemania, Italia, Rusia, España, América y la mayor parte de los pueblos civilizados.

Dicha fábrica de Ivry empezada en 1858 fue terminada en 1859 y en algunos meses se organizaron é instalaron los talleres, cuya vista general publicamos en este número.

A pesar de las dificultades que entraña la instalacion de toda nueva industria, la fábrica produjo 7,000 órganos en 1860, primero de la explotacion.

Los Sres. Alexandre ocupan 1,000 personas bajo la direccion de un administrador; y tiene establecida una caja de socorros mútuos, un cuerpo de bomberos, una farmacia, todo lo necesario, en fin, para un establecimiento modelo.

En la grande esposicion universal de 1855 los Señores Alexandre obtuvieron la medalla de honor única para esta industria.

Esta casa, fundada en 1829, ha recorrido todos los grados de la escala industrial, pues Alexandre, padre, empezó de simple obrero y termina por fundar el mejor establecimiento en su clase del mundo industrial.

DEL RENACIMIENTO LITERARIO

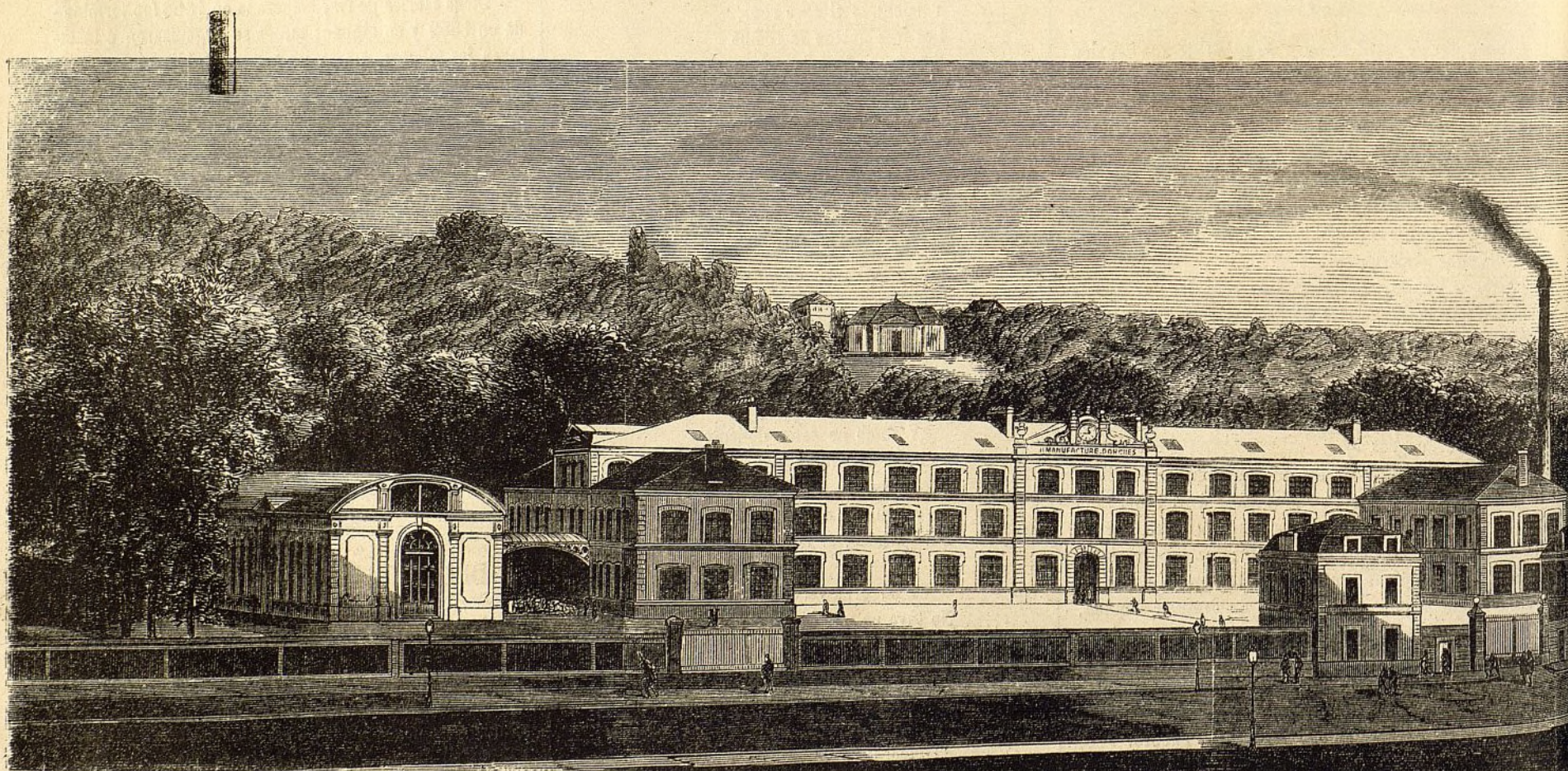
EN EL SIGLO XV.

Artículo 4.º

No solo subvencionaba Cosme de Médicis á los literatos de quienes hemos hecho mencion, sino tambien á Cristóbal Buondelmonti, Antonio de Massa, Andrés de Rimini y otros muchos, los cuales asi como los numerosos corresponsales que para sus negocios mercantiles tenia en todas partes, le remitian preciosos códices, que hacia copiar con esmero, y sirvieron de base á la famosa biblioteca que fundó y fue objeto de su mas constante



TRABAJOS AGRÍCOLAS EN EGIPTO.
(La Trilla.)



FABRICA DE ÓRGANOS MÚSICOS DE ALEXANDRE.

Sala de esposicion.

Embalage. Talleres de barnizadores.

Talleres de fuelles y cajas.

Pabellon del director.

Máquina. Taller de aserrar.

Cobertizo. Depósito de maderas.

Colonia.

Ayuntamiento de Madrid

solicitud, así como de la de sus descendientes, y en particular de su nieto Lorenzo, que la aumentó considerablemente, y se ha conservado á pesar de las vicisitudes de los tiempos hasta nuestros dias con el nombre de *Biblioteca Medico-Laureniana*. Otra estableció en la abadía que construyó al pié del monte Fierola, una de sus numerosas fundaciones; y otra en el convento de religiosos Dominicos de San Marcos, conocida con el nombre de *Biblioteca Marciana*, donde depositó los curiosos manuscritos adquiridos por el florentino Nicolás Niccoli.

Este competidor mas bien que imitador de los Médicis en su afición á reunir libros antiguos, empleó todo su tiempo y caudal en la adquisicion de códices raros, y llegó á juntar ochocientos volúmenes, cantidad prodigiosa para aquella época, de autores griegos, latinos y orientales, que copiaba él mismo con el mayor esmero, arreglando y corrigiendo los textos maltratados por los amanuenses, por lo cual le considera con razon Mehl, como el padre de este género de crítica. Murió en 1436, dejando dispuesto en su testamento, que se estableciese con sus libros una biblioteca para el servicio del público; pero como sus deudas eran tan considerables, que todos sus bienes no bastaban para satisfacerlas, hubiera quedado sin egecutar su buen propósito, á no ser por la munificencia de Cosme de Médicis, que se comprometió á pagarlas quedando á su disposicion los manuscritos, los cuales colocó en el convento de San Marcos, que acababa de fundar con enormes dispendios. Esta biblioteca y la del convento de Agustinos de la misma ciudad de Florencia, fundada con las colecciones de libros que formaron y legaron al dicho convento Juan Boccacio y Fray Luis Marsilio, religioso de la misma orden, fueron las primeras públicas que hubo en Italia.

Para arreglar, ordenar y cuidar la biblioteca Marciana, buscó Cosme á un literato modesto y humilde entonces; pero digno de especial mencion, porque con su saber, aplicacion y perseverancia, logró elevarse á la cúspide de las grandezas humanas. Llamábase Tomás Calandrino Parentucelli, y era hijo de un pobre médico de Sarzana. Dedicado á la carrera eclesiástica, obtuvo

un corto beneficio, cuya módica renta empleaba en comprar libros, para lo cual solia empeñarla anticipadamente tomando dinero á crédito ó pidiéndolo prestado á sus amigos. Como además de un profundo conocimiento de los autores griegos y latinos, tenia un carácter de letra de estrema belleza, sus libros adquirian extraordinario valor, por las notas marginales que tenia la costumbre de ponerles al estudiarlos. Cuando se estendió la fama de su ciencia, hizo rápidos progresos en la carrera de los honores, hasta que llegó á ocupar la cátedra de San Pedro con el nombre de Nicolás V. Durante los ocho años que fue Soberano Pontífice, hizo mas atendida la diferencia de los tiempos, que el mismo Leon X, en pro de los progresos de la civilizacion, por la ilustrada proteccion que dispensó á los estudios que habia con tanto fruto cultivado. Protegió y pensionó á los literatos mas afamados, hizo traducir á sus espensas muchos autores griegos, y habiendo reunido mas de cinco mil volúmenes, aumentó con ellos la mezquina biblioteca que habian dejado sus predecesores, mereciendo justamente por esto ser considerado como el fundador de la biblioteca Vaticana.

La proteccion que los Médicis dispensaron á los literatos sirvió de estímulo para que todos los príncipes de aquel siglo siguieran el mismo ejemplo. Distinguiéronse los insignes varones que entonces rigieron los destinos de la Iglesia Católica, pues todos ellos, desde Eugenio IV hasta Leon X, que tuvo como Augusto la insigne gloria de dar su nombre al siglo en que floreció, dispensaron á manos llenas los destinos, honores y pensiones á cuantas personas descollaron por su ciencia sobre el comun de sus contemporáneos. Imitaron en ello la conducta de sus mas ilustres predecesores, que desde la exaltacion de la Iglesia en tiempo del emperador Constantino, siempre caminaron al frente de la civilizacion europea, la cual gracias á sus esfuerzos, no pereció envuelta en las ruinas del imperio romano cuando la irrupcion de los bárbaros del Norte dió en tierra con aquel coloso coronado, á cuyo pié yacian aherrojadas todas las naciones.

Tampoco seria justo omitir en esta reseña de los que merecieron bien de las letras, el nombre de Alfonso de Aragon, rey de Nápoles, á quien ningun otro soberano superó desde los tiempos de Augusto, en la eficaz proteccion y auxilio que dispensó á la literatura. Los literatos se acercaban con gran confianza á su palacio, porque los recibia á todos con la mayor benignidad; hacia que le leyesen continuamente algun autor clásico, y ni aun en campaña dejaba los *Comentarios* de C. Julio César, ni á Quinto Curcio. No omitió medio alguno aquel sábio Príncipe para restaurar en sus dominios las sepultadas letras, reuniendo los libros mas preciosos que pudo hallar, con los cuales formó una biblioteca esquisita de códices antiguos, que era su mayor recreo, y no ponía menor cuidado en que se tradugieran al latin las mejores obras del griego, segun dice Paulo Jovio. Para ello premió y honró al Cardenal Besaron, á Antonio Panormitano, Teodoro Gaza, Fernando de Valencia, Francisco Filelfo, Luis Cardona, Juan Pontano y otros muchos escritores; cuando murió Julian de Mayano, mandó que acompañasen el fúnebre convoy cincuenta servidores suyos vestidos de luto; iba á pié á escuchar las explicaciones de los profesores de la universidad; y además mantenía á sus espensas varios jóvenes, que dotados por la naturaleza de talento sobresaliente, carecian de bienes de fortuna con que poderse costear los estudios.

Plácenos extraordinariamente, á fuer de buenos españoles, el ver que un monarca compatriota nuestro no solo se hiciera respetar y temer de los italianos por su aventajado valor, sino que tambien les obligara á reconocer las superiores dotes de su privilegiado entendimiento. Así que agradecidos los literatos al favor que hallaron en él, fueron á porfía en prodigarle merecidos elogios, de los cuales solo citaremos el que le hace el sábio Eneas Silvio Piccolomini de Siena, que despues fue Papa con el nombre de Pio II en esta exclamacion. *¡Quis nostrum sæculo præter hum unum jovet ingeniis!* (Orat. ad Alphons.)

(Se continuará.)

CARLOS R. DE ARELLANO.

LA PROFETISA Y LOS MÁRTIRES,

(Conclusion.)

VI.

Los prodigios con que el Señor mostraba la santidad de sor Juana de Irizalde, eran innumerables y objeto de admiración universal en el valle de Ibaizabal y aun en todo el noble Señorío.

Juan de Zorroza que había nacido en 1416 tenía ya quince años y continuaba dando testimonio de que su corazón encerraba tesoros de amor á Dios y al prójimo. Muchas veces había ya espuesto su vida arrojándose al Ibaizabal ó al Cadagua para salvar la de otros niños precipitados en el agua.

Una mañana vió Juan desde la ventana de su casa que la sierva de Dios se dirigía hacia Burceña. Aquella noche había llovido á torrentes y el Cadagua iba crecidísimo.

Temeroso Juan de que sor Juana corriese algun peligro grave al pasar el río, encaminóse tras ella con objeto de no perderla de vista y acudir en su auxilio en caso necesario.

Antes de llegar al río había una colinita poblada de alisos y mimbreras, desde donde se descubría perfectamente el vado. Al llegar allí vió Juan que la barca había desaparecido, arrastrada sin duda por la corriente, y cuando esperaba ver á sor Juana abandonar la orilla del río, vióla doblar la rodilla sobre los pedregales que lamia el agua y permanecer allí como estática con las manos unidas y la vista fija en el cielo.

De repente la sierva de Dios empezó á elevarse del suelo sin abandonar su piadosa actitud, y remontándose en el espacio sobre la rauda y furiosa corriente, descendió á la orilla opuesta del río y desapareció en la sombra arboleda que precedía al convento de Burceña.

Lleno Juan de santa admiración, corrió á su casa y refirió á su madre el milagro que acababa de presenciarse.

Dos horas después Ochanda y su hijo esperaban la vuelta de la sierva de Dios ocultos entre el ramaje de la colina, y ambos vieron repetirse el milagro que había presenciado el primero aquella misma mañana.

Un año después, domingo 4 de Junio de 1432, el repique de las campanas de Burceña alegraba el valle de Ibaizabal: era porque Juan de Zorroza vestía el hábito de los mercenarios, y arrodillado á los pies del comendador Aguirre, hacía solemne voto de consagrar su vida á la redención de cautivos.

VII.

Ochanda de Zorroza era ya casi centenaria y su hijo fray Juan había llegado á los sesenta y seis años de edad lleno de virtud y de sacrificios en la santa obra de la redención de cautivos.

Hacia ya muchos años que su ancianísima madre no le había visto, porque acompañado de otro venerable redentor llamado fray Pedro de Huete, se consagraba entre los infieles de Andalucía al consuelo y la redención de los cautivos cristianos.

A fines de Febrero de 1482 hallábanse los venerables fray Juan de Zorroza y fray Pedro de Huete en la ciudad de Baza, en el reino de Granada, donde con su sabiduría y su caridad habían conseguido, si no el amor, al menos la tolerancia de los mahometanos, tanto que el alcaide moro de aquella ciudad les había prometido protegerlos de toda agresión y les había dado permiso para que atendieran al consuelo de los cautivos.

Inesperadamente recibióse en Baza la noticia de que el marqués de Cádiz había tomado el 8 de Febrero la fortaleza de Alhama, y los musulmanes desahogaron en los pobres cautivos la rabia que esta noticia les produjo.

Olvidando el alcaide de Baza todas sus promesas, intimó á los padres Zorroza y Huete la orden de que

renegasen la fe de Cristo; pero aquellos santos confesores, lejos de obedecer al tirano, hicieron solemnes protestas de su fe y aseguraron que estaban dispuestos á derramar por ella su sangre.

Entonces el bárbaro alcaide, sacándoles entre los gritos y el escarnio del populacho por el camino que conducía á Granada, los entregó á los desalmados muchachos para que los acañaverearan y apedrearán hasta que renegasen de la ley de Cristo.

Los dos santos mártires exhalaban su último aliento sin que su fe desmayara un momento, entonando cánticos de alabanza al Señor.

La profecía de sor Juana de Irizalde se había cumplido, pues Juan de Zorroza había ascendido al cielo llevando en su diestra la palma de la victoria.

Algunos cautivos cristianos recogieron los mutilados restos de los mártires y les dieron sepultura en un monte que se alza entre Baza y Granada, junto á una senda que conduce al sitio donde después se erigió una ermita á otro mártir, al glorioso San Sebastian.

En la sepultura de los mártires de Burceña brotaron dos fuentes que subsisten aun y son conocidas con el nombre de Fuentes Santas, porque asegurándose que cuantos enfermos bebían de ellas recobraban la salud, era grande el número que acudía á sus milagrosas aguas.

Las piadosas tradiciones de aquella comarca cuentan que los labradores de la misma han visto muchas noches descender del cielo procesiones de ángeles y bienaventurados que iban á entonar cánticos de gloria en torno del sepulcro de los dos mártires.

Ochanda de Zorroza estaba una tarde asomada á la ventana de su casa con los ojos fijos en el convento de Burceña y el pensamiento en su hijo.

Era esto el 1.º de Marzo de 1482, precisamente el día que Juan de Zorroza había alcanzado la palma del martirio.

Una paloma, blanca como el ampo de la nieve, salió de la iglesia de santa María de Burceña y fue á posarse en el hombro de Ochanda. Cuando el pico de aquella paloma acarició su mejilla, la noble anciana sintió que sus entrañas se estremecían de gozo, como se estremecen las de una madre cuando vienen á acariciar su rostro los labios del hijo amado cuya ausencia lloraba hacia mucho tiempo.

La paloma volvió á atravesar el Cadagua y desapareció en la iglesia de Santa María. Muchos días se la vió tornar á la casa solariega de Zorroza; pero donde entonces se posaba era en el escudo de armas, porque Ochanda no existía ya.

VIII.

El último descendiente del mártir de Baza que sabemos habitó la casa donde Juan nació, fue Pedro Ortiz de Zorroza. La casa se arruinó y su solar pasó en herencia á la familia de los Olaldes, no menos noble y piadosa que la de los primeros pobladores.

Ya muy entrado este siglo, el dueño de aquel solar, temeroso de que se perdiese la memoria del sitio en que nació el mártir, levantó una columna con los restos de la antigua casa solariega y sobre esta columna puso una cruz de madera.

Bien hizo el Sr. Olalde y bien hacemos nosotros en consagrar estos recuerdos al santo hijo de Zorroza, porque el tiempo todo lo destruye y lo condena al olvido. En la iglesia de San Vicente de Abando había en tiempos antiguos un cuadro que representaba al mártir fray Juan de Zorroza, cuya diestra estaba adornada con la palma del martirio, y cuya frente se veía iluminada con la aureola de los santos. Pero este cuadro que se esponía á la puerta del templo en los días solemnes y era objeto de veneración para el pueblo, desapareció en nuestras revueltas políticas como otros consagrados al mismo objeto, que existían en la iglesia de Burceña, y como un manuscrito de la vida y el glorioso tránsito del mártir

vizcaino que se conservaba en el archivo de los redentores.

¡Rediman estos renglones de la indiferencia y el olvido al santo siervo de Dios que á tantos pobres cristianos redimió de los infieles! (1)

ANTONIO DE TRUEBA.

EL AMOR DE LA PATRIA.

Cuentos madrileños.

I.

Es la mañana del 1.º de Mayo de 1808. En una casa de la calle de la Paloma, casa de las llamadas *á la malicia*, y á la cual se entraba por un patio cuadrilongo, con habitaciones á derecha é izquierda, se notaba el día en que dá comienzo esta relación, una efervescencia extraordinaria. Hombres, mugeres y hasta niños, voceaban profiriendo amenazas de muerte, sobreescitados furiosamente con las noticias que comunicaba á aquellas gentes, un hombre alto, de rostro enjuto y enérgico á que daba mayor realce unas pobladas patillas negras, el sombrero de tres picos echado hacia atrás y el capote de mangas, ricamente bordado, recogido por delante, dejando fuera el brazo derecho con el cual accionaba dando así espresion mas calorosa á sus palabras.

—Señores, es lo cierto. Mañana mismo se llevan á Francia todas las personas reales que aun quedan entre nosotros, y si no acudimos á defenderlas, mañana mismo tenemos un rey francés que quemará los santos de las iglesias, destinándolas después á cuarteles de esos escomulgados francmasones.

—¡Qué infamia! exclamaron las mugeres, en tanto que los hombres se mordían los labios, haciendo contorsiones de furor. ¿Pero es verdad eso, Periquillo?

—¿Que si es? contestó el interpelado. Ahora mismo acaba de contármelo todo el coiletero de la calle de la Montera, que se lo ha oído á un fraile de la Soledad.

—Pues bien; guerra desde hoy á los franceses, prorrumpió entusiasmado un jóven como de unos veintidos años, alto, vigoroso, de brillantes ojos negros y resuelto y franco ademan. ¿Qué esperamos? Cuando vaya luego ese renegado Murat á la revista que como domingo pasará á sus soldados, nos arrojamós sobre él y le llevamos arrastrando hasta el palacio real para que puedan verle los infantes.

—Tienes razón, Andrés, vamos á la Puerta del Sol, y matemos á Murat cuando pase con las tropas.

—¿Y acaso será posible eso? ¿Qué hemos de hacer nosotros, paisanos indefensos, contra soldados bien armados que se arrojarán á darnos muerte, sin que podamos siquiera defendernos? Andrés, acostumbrado como está á despreciar la vida en la plaza de toros, cree cosa fácil burlar la ferocidad de los franceses, de igual manera que burla la de los toros, pero si ese es el sentimiento del valor, no es ciertamente el de la prudencia.

El que así se espresaba era un hombre de mediana estatura, vestido decentemente como los maestros artesanos, de aspecto venerable, ya entrado en años, y á quien daba autoridad en el auditorio la circunstancia de haber sido uno de los que tomaron parte mas activa en el famoso motin contra Esquilache. D. Juan Diaz, que era como se llamaba el anciano, había sido maestro sastre de gran fama en Madrid, pero retirado de su

(1) Estas noticias del mártir de Zorroza se publicaron hace un año en los periódicos de Bilbao, y el Sr. D. Martín Ana de Olalde, poseedor del solar de Zorroza, dió inmediatamente una prueba mas de que tiene en mucho la memoria de su santo predecesor, mandando pintar un cuadro que representa el martirio de fray Juan y reconstruir la antigua columna (que se había desmoronado) coronándola con una cruz de piedra.

oficio algunos años há, vivia modesta pero holgadamente con el producto de sus ahorros, y como buen español, antes habia murmurado del favorito, y ahora de Napoleón y de sus planes, bien con entusiastas hijos del pueblo en sus reuniones, bien con algunos religiosos amigos suyos en las gradas de San Felipe el Real, ó en el patio de la casa de Correos.

—¿Y hemos de sufrir, exclamó Andrés, que esos pícaros franceses nos quiten nuestro rey y nuestra santa religion? ¡Nunca! Verdad es que soy torero y que burlo la ferocidad de los toros. Pero tratándose de franceses, moriré contento, siempre que muera matando.

Y terciándose el capote y ajustándose bien el tres picos á la cabeza, salió de la habitacion seguido de todos los demás en completo estado de agitacion y de desórden, sin escuchar para nada las prudentes reflexiones de D. Juan.

A las pocas horas, al pasar el gran duque de Berg, seguido de su brillante estado mayor, por la Puerta del Sol, una porcion de gente del pueblo entre el cual descollaba Andrés el torero, prorumpió en silbidos y voces de amenaza que no tuvieron mal resultado, porque la presencia del infante D. Antonio trocó aquellas voces que pudieron ser de muerte, en vítores y aclamaciones de alegría. Tanto era el amor de los españoles á sus legítimos soberanos.

II.

Serian las diez de aquella noche, cuando Andrés el torero marchaba por la calle de San Anton con la cabeza baja y el paso tardo y perezoso, como quien va sumido en profundas meditaciones. De repente se para, y torciendo á la izquierda, se engolfó en aquel laberinto de calles sucias y estrechas; hasta que al final de la calle de Regueros se metió en el patio de una casa grande, de no mal aspecto, y que por lo tanto contrastaba singularmente con el irregular de las demás. Una escalera oscura, á la derecha del patio, daba ascenso á los pisos altos, que eran otros tantos corredores, en que se veian varias puertas ennegrecidas por el humo, y que representaban habitaciones compuestas cada una de dos piezas, en las cuales se albergaban á veces hasta familias numerosas de artesanos. En una de estas puertas del piso segundo llamó suavemente Andrés, no tardando en abrirla una jóven de tez blanca y sonrosada, ojos pequeños y redondos, pero de una viveza extraordinaria, que al verle exclamó con cierto aire de descontento:

—¡Ah! ¿eres tú?

—Sí, yo soy. No me esperabas, ¿verdad? Ya sé que no me quieres; bien claro me lo has dicho esta mañana, y ayer, y todos los días; ¿pero qué remedio? Yo no puedo olvidarte; y puesto que no tienes relaciones con nadie, vendré á verte, y á fuerza de constancia, acabarás por volverme tu cariño, que he perdido sin que yo sepa la causa. Buenas noches, señora Manuela, dijo Andrés dirigiéndose á una anciana que cosía á la rojiza luz de un gran belón, usted me perdonará lo importuno de la hora, pero no podía sosegar sin que viese otra vez á Luisa. Ya sabe V. cuánto la quiero.

Y la voz del torero se conmovió, hasta ahogarse las últimas palabras.

—Deja á mi hija, Andrés, no la hagas caso. Mira, ella te quiere, pero, como muchacha, es loquilla, y ni ella misma sabe lo que dice.

—Madre, no soy loca; yo quiero mucho á Andrés; es muy formal, y sé que me ama; pero lo que es casarme con él... la verdad, de ningun modo. ¡La muger de un torero debe sufrir tanto!

—Pues torero era ya cuando me diste tu palabra.

—Tienes razon, no lo pensé bastante; perdóname, Andrés.

—¡Que te perdone! Tú sí que tendrás que perdonarme, porque algo te habré hecho para que así me aborrezcas.

—Luisa no te aborrece, de ningun modo, y si hoy

está así, tan desabrida, serán caprichos de muger, que no deben inquietarte.

—Pues adios, Luisa. Buenas noches, señora Manuela, hasta mañana. Despréciamelo que quieras, Luisa, hasta tus desprecios me enamoran; pero si algun otro hombre fuese mas dichoso que yo... si quisieses á otro...

—¿Qué?... dijo Luisa riendo.

—Le mataría, contestó el torero con voz de trueno, saliendo precipitadamente de aquella casa.

(Se continuará.)

F. S. MANRIQUE.

FLOR DESHOJADA.

Reina del jardin se alzaba
Del aura al soplo mecida,
Una azucena florida
Que el ámbito embalsamaba.

Hermosa cual la sonrisa
Del ángel bello de amor,
Lloraba la pobre flor
Si la besaba la brisa.

Puesta en el pudor su gloria,
Iba su virtud guardando,
Y el perfume conservando
De su vida transitoria.

Tanto su rubor refleja,
Que entre mortales congojas
Cerraba sus blancas hojas
Al acercarse la abeja.

Mas ¡ay! al albor de un día
Fresco y puro como ella,
La flor en triste querella
Lloraba y no se mecía.

Lloraba porque cruel
Una niña suspirando
Sus hojas iba arrojando
Rotas ¡ay! por el vergel.

«¿Por qué, niña sin ventura,
Me tratas de esa manera,
Arrojando por do quiera
Los restos de mi hermosura?»

Así la flor se quejaba
Al ver aquella inclemencia,
Mientras su límpida esencia
En ricas perlas lloraba.

La niña que la escuchó,
La miró entonces llorando,
Y aquellos restos besando
Dicen que así contestó:

«Tambien como tú sufrí,
Como á ti me han deshojado,
Y despues me han arrojado,
Hermosa flor, como á ti.

A. ALCALDE VALLADARES.

LA GRANJA DEL AMOR.

(Continuacion.)

VI.

El crepúsculo nocturno estendia sus negros crespones por los campos, la noche vino, y los convidados en sus carruages emprendian la vuelta á sus hogares. Anita durante todo el camino no dejó de pensar en el jóven, recordaba sus palabras, sus miradas, sentia en su rostro su inflamado aliento, y le parecia que aquel día borraba las penas de toda su vida. En vano escuchaba las risas, las voces y canciones de los que al retirarse de la fiesta querian prolongar su alegría, ella sola en medio de todos, fijaba su vista en el maravilloso y triste cuadro que ofrece de noche el campo, el mundo entero le parecia

tan extraño como cuanto le pasaba desde aquella mañana, sus pensamientos nacian y cambiaban á cada momento, no podia darse cuenta de nada, sus mejillas ardian, y cada estrella parecia que inflamaba mas su corazón. Por fin llegaron á la villa, y Anita quiso bajar y detenerse un momento á la puerta de casa de sus padres, parecia sentir la necesidad de desahogar su corazón, y como que esperaba hallarlos por su bendicion y consuelo. Poco despues entró lentamente en casa de D. Felipe, y al penetrar en ella todo le parecia desconocido, hubiérase dicho que jamás habia estado allí. Cuando se halló en su cuarto se sentó silenciosamente, y miró la luz, despues se levantó, y se contempló en el espejo.—El me ha visto como ahora estoy, pensó, preciso es que haya sorprendido algo que le haya agradado, me ha considerado como una persona, cuando hasta ahora nadie me habia tratado así; y una ligera satisfaccion animó su rostro. ¡Qué hermoso día! y ahora á la cama, y se puso á desnudarse muy despacio, desatando con el mayor cuidado todas las cintas como siempre lo hacia, sin cortar, ni romper jamás un nudo, sino trabajando hasta deshacerlo. Apagó la luz y se acostó; pero no pudo hallar descanso, se levantó y abriendo la ventana se puso á admirar el resplandor de las estrellas y las sombras de la noche, cubriendo con sus manos por un sentimiento de casto pudor, su seno y su cuello, así estuvo en éxtasis profundo hasta que una ráfaga de viento cerró la ventana, y era ya de día cuando se despertó en su lecho, sin saber cómo habia ido á él. Los demás de la casa empezaban á moverse, y Anita mucho tiempo ya que estaba levantada. Apenas Vicenta tuvo ocasion la reprendió con acritud, porque suponía que habia perdido un pañuelo que no le dió, y porque habia tenido la audacia de hablar y bailar con un caballero, que sin duda se habia propuesto burlarse de ella. Anita oyó con verdadera mansedumbre tan inmerecida reprension; pero no pudo menos de contar á Antonia en su visita por la noche todo cuanto la habia pasado.

—Tienes razon, la dijo Antonia, mal se porta Vicenta contigo. Cuando por prevencion caprichosa con una persona tratamos siempre de mortificarla, el corazón y el alma deben protestar contra tal injusticia, y no me esplico cómo puede haber quien un día y otro día, y siempre se complazca en hacer daño. Los días transcurrieron con la habitual uniformidad, se olvidó la boda, el baile, la fiesta; pero el mismo recuerdo perseguía á Anita, que solo era feliz hablando de todo esto con Antonia.

—Yo creo, la decia cierta vez, que he sido culpable siendo tan feliz, y teniendo tanta alegría aquel día, con lo que he ofendido á Dios.

—Culpable, tú culpable, inocente ángel; ¿has desgarrado por coquetería, que tú no conoces, el corazón de alguno, has derramado en él á sabiendas y con placer la hiel y el veneno?

No; Dios quiere á las criaturas como á sus hijos, y así como un padre goza viendo alegres á sus hijos, así pienso que Dios te ha visto, que te han visto tus padres, y todos han bendecido tu alegría, que á nadie cuesta una lágrima. Mas Anita no podia contentarse con haber sido una vez dichosa, suspiraba por la vuelta de aquel hombre, que miraba como su salvador, su amigo, su hermano, su padre, que la habia transformado, y que sin embargo, no venia donde sabia que estaba, ni se acordaba ya de ella. Y en verdad, Anita estaba muy cambiada; no descuidaba el trabajo, pero una profunda melancolía se habia apoderado de ella, pensaba muchas veces que habiéndole preguntado el jóven de dónde era, podria volver ó escribir, y hubiera deseado haber estado mas amable con él para animarle á buscarla. El puede venir muy bien, decia entre sí, pero yo no sé quién es, ni de dónde, y además una niña es como el hermoso lirio del valle; fijo donde nació, ni puede marchar á otro punto, ni ir en busca de nadie, es preciso que vengan á percibir su aroma.

Apesar de estos pensamientos que sin descanso ocupaban tristemente su alma, algunos instantes experimentaba una dulce alegría, y le parecía sentir en su corazón las armonías de una felicidad, que no sabe de dónde viene.

VII.

En tanto que Anita unas veces triste, otras alegre, ya pensativa y creyéndose abandonada de todos, algo lejos de allí en una hermosa Granja, de todos los del país conocida por sus estensos prados, amenas huertas y frondoso bosque, dos ancianos, padre y madre, hablaban cariñosamente á un joven, hijo suyo sin duda.

—Escucha, Pablo, le decía el padre; há mas de dos años que cansado de la vida bulliciosa de las grandes ciudades, viniste á la casa paterna; desde entonces no sé lo que tienes, nada te distrae, ni te regocija, en ninguna parte estás bien, y tu semblante siempre lo entristece nube enojosa, tu placer es vagar por nuestros campos siempre solo, yo te he dicho mil veces que busques una esposa de nuestro país; ¿quieres seguir el consejo de tu padre?

—Es mi mas ardiente deseo, hacer en todo vuestra voluntad.

—Pues bien, marcha una vez mas en su busca, el que no busca mas que una vez es como si nada hiciera. Nos harás felices si tomas una esposa buena, y á mí especialmente si la encuentras de la raza de tu madre. Tienes juicio, y tú harás lo demás. Quiero que te acompañe nuestro fiel Juan.

—Si os he de ser franco como debo, padre mio, preferiría ir solo, porque no es mi ánimo hablar de este asunto á nadie antes de que sea ocasion.

—Bien, sea tu gusto. Llévate el caballo blanco, y marcha. Creo que D. Felipe el de la villa de A.... tiene una hermana joven por casar, y una niera de esa familia nos convendría mucho.

—Sin duda, añadió la madre, Vicenta es buena y virtuosa.

—Tambien D. Alejo tiene una pequeña Luisa con muy buen dote, y nada perderías con llegar á su pueblo de B.... Vamos, disponte, y en marcha; toma esos cien duros para el viage.

—Estoy pronto, dijo el joven, á quien nuestros lectores conocen desde el baile y la fiesta de C....

Bien pronto le sacan ensillado un caballo blanco, monta ligero en él, y esclama:

—Creo que teneis razon, mis queridos padres, creo que seré mas feliz cambiando de vida.

La madre sonrió, y el padre le encarga que vaya ante todo casa de su buen amigo D. Felipe, y no se comprometa demasiado pronto, y se despidió de su hijo. La madre quiso acompañarle un corto trecho, y á poco de haber salido:

—Quisiera, le dijo, darte algunos consejos.

—Hablad, mi querida madre.

—Pues deten un poco tu caballo. Mira bien la que te agrada, y si no consideras como un favor del cielo poderle dar un beso, no la quieras para esposa, déjala; y además esto no basta, mira si se hace respetar, y cómo se porta con sus criados, pues no debe ser ni altanera, ni rebajarse al igual de ellos. Si pudieras sorprenderla en un momento de afliccion ó de cólera, conocerás su carácter mejor que en ninguna otra ocasion.

—Pero Madre mia, me dais una tarea muy difícil, y luego en todo esto entra por mucho la casualidad.

—No es preciso que retengas todo lo que te digo, recuerda solo lo principal. Observa si habla mucho cuando trabaja, si toma alguna cosa entre manos cuando habla contigo, si se para á cada palabra y si se ocupa en trabajos frívolos é inútiles. La actividad es lo principal; tu abuela lo decía, una joven no debe estar nunca ociosa, y trabajar con calma y constancia. Cuando hable, ten presente si es muy tímida ó atrevida; bien sabes que las jóvenes son otras muy diferentes

delante de los hombres, que cuando están solas; ten presente que las mogigatas son las mas malas; pero son aun peores las que se presentan con descaro, y creen deber no callarse nunca.

—Madre, podriais predicar á las solteras, y darles excelentes consejos, dijo el joven riendo.

—Ciertamente, respondió la madre, y continuó. Has de observar cuál es su conducta con sus padres, hermanos y parientes; tú eres buen hijo, y sabes lo que has de exigir en cuanto á esto.

—Cuán buenos consejos me dais; pero cuanto mas os escucho, mas imposible veo hallar una buena esposa.

—No seas tan sencillo, ni tan desconfiado. Llamaré tu atencion aun sobre otras dos ó tres cosas, que sirven para conocer algunas de mas importancia. Ten cuidado cómo se rie, si lo hace con estrépito y exageracion, ó por el contrario abriendo apenas los labios, y enseñando poco los dientes. Conviene que su risa sea franca, sin afectacion y sin escoso.

El joven no pudo contener la risa, y su madre le dijo.—Así, así, es como te digo, así debe reir.

Después viendo unas florecillas en el campo, añadió.

—¡Ah! observa si ama las flores, si tiene algunas, y si las cuida con esmero, si canta, y si le gusta empezar la primera, ó seguir á las demás, y asegúrate si conserva los libros y las planas de cuando iba á escuela.

—Pero, madre, que importa que guarde ó no esas cosas.

—Creo que no eres todo lo juicioso que deseara. Una joven que no guarda con cuidado todo lo que para ella ha tenido algun valor, no tiene buen corazón.

Durante esta última observacion el joven habia procurado desenredar su latiguillo, que se habia anudado, y no pudiendo, concluyó por sacar una navajita y cortarlo.

—Hé ahí una cosa que tu puedes hacer; pero no una joven; atiende á si no tiene paciencia para deshacer un nudo.

—Madre, me será imposible hallar muger con todas las condiciones que habeis enumerado.

—Ya te acordarás cuando sea ocasion oportuna. Para concluir, aunque sé quien eres, yo deseo que me digas si estás comprometido, ó si has dado alguna vez palabra de casamiento á cualquier joven.

—Madre, hé aquí mi mano, nunca he procedido de ligero, y nada tengo de que me remuerda la conciencia.

—Te creo, te bendigo, y doy gracias á Dios de haberte hecho así; ojalá seas feliz en tu viage; mas espera, tengo algo mas que decirte, y es la prueba mas segura. Pregunta á los pobres del pueblo por la joven, mira si se cuida de ellos, y los socorre, seria muy mala prueba que no lo hiciera. Y ahora que Dios te acompañe, y buen viage.

El joven espoleó su caballo, y se perdió á lo largo del camino; la madre recitando una plegaria tornó á la Granja. Al verla su marido, dijo, tú has dado buenos consejos á Pablo para que sepa elegir esposa, tambien he pensado yo en lo mismo, y he escrito á D. Felipe, que además de tener una hermana soltera, le sabrá llevar á las mejores casas. Es menester que nos traiga una muger que tenga buena dote.

VIII.

La tarde del mismo dia en que Pablo, con el designio, que ya sabemos, habia salido de su casa, Don Felipe llamó á su muger y á Vicenta á una habitacion retirada, y allí les dió lectura de la carta, que habia recibido del rico propietario de la Granja del Amor, anunciándoles que al dia siguiente llegaria su hijo. D. Felipe encareció las buenas cualidades de Pablo, su franqueza, su instruccion, su amable trato, y las ricas propiedades de sus padres, todo lo que hacia de él un buen partido, y les encargo el mayor se-

creto, y gran discrecion en lo que hicieran delante de el huésped.

A pesar del encargo de su hermano, Vicenta no podia callarse, y después de cenar preguntó á Anita si cuando se casara querria irse á su servicio, que estaria bien, y ganaria mas que en casa de su hermano. Anita respondió escusándose, porque no le agradaba su carácter, y porque le parecia que la oferta estaba hecha con intencion de mortificarla. Cuando llegó la hora de acostarse, la cuñada de Vicenta, que siempre habia manifestado mas cariño á Anita, le dió la gran noticia, y añadió que al dia siguiente llegaria el joven, y que Vicenta queria hacer gran parte de las faenas ordinarias de Anita durante todo el tiempo que aquel estuviese en la casa.

—Mas me parece, observó Anita, muy extraño que Vicenta quiera ahora cuidarse de la casa, cuando nunca lo ha hecho.

—Ni tú, ni yo cambiaremos el mundo, y es preciso dejar á cada uno arreglarse á su gusto.

Anita se acostó pensando en cuán mal obran las gentes engañándose unos á otros, y preocupada con el joven á quien Vicenta queria presentarse muy otra de la que era, y sospechando si á Vicenta le sucederia igual. A la mañana siguiente tan temprano como de costumbre estaba ya levantada, y al asomarse á la ventana para dar los buenos dias á sus flores, retrocedió toda angustiada como si hubiera recibido un golpe en el corazón.

—¡Cielos, qué veo! exclamó, frotándose los ojos, y abriéndolos cuan grandes y hermosos eran. Es el joven del baile, y viene al pueblo, quizá viene en mi busca; pero no.... ¿en qué piensas? se aproxima, entra en la casa.

(Se continuará.)

PEDRO MORENO VILLENA.

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA.

Uno de los dias de la próxima semana se pondrá en escena la nueva ópera del joven Sr. D. Joaquin García, de la que tenemos las noticias mas lisonjeras, lo cual unido á estar destinada para beneficio de la eminente artista señora Sanchioli, tan querida del público, hace esperar que sea uno de los acontecimientos teatrales de que disfrutaremos en esta temporada.

Dignos de todo elogio son los medios que pone en juego el Sr. Djestro, empresario de nuestros teatros, para complacer al público, y de ello es una prueba evidente la representacion de *Fausto*, para cuyo drama se han pintado preciosas decoraciones no economizando gasto alguno.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

ADVERTENCIA.

Se desea comprar el núm. 11 del tomo 1.º 2.ª época. Los que deseen venderle pueden presentarse en la Administracion del periódico, Congregacion, 1, 2.º

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.